

# Los grandes establecimientos industriales

## “LA SIN BOMBO”

Es algo más que un establecimiento modelo y algo más, también, que una brillante expresión del grado de adelanto alcanzado por una importantísima industria. «La Sin Bombo» es, ante todo y sobre todo, un alto ejemplo moralizador, pues demuestra con la elocuencia de los hechos, hasta dónde puede llegar y cuánto puede conseguir en este país quien, al acometer una empresa, toma como guías la constancia, la laboriosidad y la más escrupulosa honradez.

Nada más humilde, en efecto, que el origen de esta fábrica, que es hoy la mejor montada y la más poderosa, no sólo de la república, sino de toda América.

A raíz de la caída de Rozas inicióse una pequeña corriente inmigratoria á la Argentina, atraída por las halagüeñas noticias que allá empezaban á circular con respecto á este país. La tiranía había desaparecido, la República marchaba á su definitiva constitución y sus hombres dirigentes se daban cuenta de que el engrandecimiento de la patria

se conseguiría únicamente dando de lado al sistema de aventuras y revueltas y emprendiendo de lleno la senda del trabajo. Entonces se hizo el primer llamamiento á los «hombres de buena voluntad» que quisieran poblar este suelo.

Uno de esos hombres de buena voluntad fué el fundador de «La Sin Bombo», don Domingo Canter.

Llegó á Buenos Aires en 1853, falto de fortuna, pero lleno de fe y con el inquebrantable propósito de crearse un nombre respetado y una posición que le permitiera emanciparse de todo yugo directo ó indirecto. Era, precisamente, el rasgo dominante de don Domingo Canter, la independencia de carácter.

Con tanta decisión trabajó, que al año escaso de su llegada pudo considerarse libre, para lo sucesivo, de todo patronato, y ser dueño de un establecimiento, modestísimo, sí, pero en el cual era él único señor y dueño. Era el principio de la realización de sus deseos, del sueño dorado que acariciara al abandonar las playas de su patria.

Ya establecido, concentró todos sus esfuerzos en hacer de su nombre un símbolo de probidad, y lo consiguió. Sí, lo consiguió, llevando la escrupulosidad de sus procederés á los últimos extremos, haciendo de la verdad una religión, cuidando de ha-

cer de sus productos obra perfecta é insuperable. Así sucedió que, en su tiempo, aunque muchos le aventajaban, dentro de su gremio, en capital y en la extensión de sus negocios, todos quedaron relegados á segundo lugar en cuanto al crédito de sus productos. El pequeño establecimiento de don Domingo se colocó, en ese sentido, á la cabeza, y una vez conquistado ese puesto, hizo más; supo mantenerse en él, y en él continuó, al cabo de medio siglo.

Más de treinta años de asiduo trabajo, de continuada lucha para conservar la envidiable posición conquistada, había empleado el fundador de «La Sin Bombo» cuando anciano y quebrantado en su salud, cedió su puesto á su hijo Juan, actual propietario de la casa.

Éste continuó fiel á la tradición de probidad que don Domingo había hecho inseparable del nombre de la casa; pero al propio tiempo se propuso completar la obra de su padre colocando su establecimiento á la altura que legítimamente le correspondía.

En sus manos el modestísimo obrador de la calle de Defensa, en el que una media docena de obreros atendía sin gran esfuerzo á la elaboración del consumo diario, se ha transformado en el suntuoso edificio de las calles Humberto I y Sarandí, en el que centenares de obreros que manejan todo un arsenal de máquinas de los más perfectos modelos, apenas bastan para satisfacer la demanda.

Las preciosas etiquetas, grabadas en acero, que envuelven los cigarrillos «Ideales», «Sublimes» y «La Sin Bombo», se imprimen en la misma casa, en un vasto taller instalado con ese solo objeto y que es único en la América del Sur. Hay también una sección de tipografía, que aunque no hace más trabajos que los concernientes á la fábrica, tiene máquinas en cantidad y calidad tales, que muy pocos establecimientos gráficos podrían superar. En la sección de encuadernación puede verse los últimos modelos de cortadoras y cosedoras, y en el taller de fotografía puede admirarse, aparte de toda una exposición de máquinas de todos los sistemas y tamaños conocidos, la valiosa colección formada por sesenta y cuatro objetivos Zeiss, muchos de ellos verdaderas alhajas de valor inapreciable.

Al ver las largas y altas pilas de cajas de ciga-



Don Domingo Canter

## Los grandes estab

“LA S

tillos que formaban los peones, que á cada momento bajaban cargados del taller de empaquetar, y que también desaparecían á cada momento para llenar los carros y el automóvil destinados al reparto, preguntamos al señor Canter, que nos había

del aire únicamente, con lo que el tabaco conserva toda su frescura y todo su aroma, nos condujo á su escritorio y mostrándonos los libros de Impuestos Internos, los de elaboración y las estadísticas de la aduana, nos repitió:



Edificios de «La Sin Bom

servido de guía en nuestra visita á la fábrica: —Seguramente esto representa más de la mitad del consumo de la República.

—No, señores;—nos contestó sonriendo—ni mucho menos. En mis avisos digo la verdad: mi fábrica no es la que más vende, pero... vengan ustedes por aquí y verán algo curioso.

Y, después de hacernos mirar verdaderas murallas de fardos de habano, los enormes cajones de cedro en donde se guarda una vez picado y secado, el ingenioso sistema de secadoras, or medio

—Ya les he dicho que no soy el fabricante que más vende. Ahora, conocido este dato, fíjense en lo que dicen esas cifras y deduzcan la consecuencia.

Como había dicho, era realmente curioso lo que nos mostraba: «La Sin Bombo» consume, por sí sola, mucho más tabaco habano que todas las fábricas juntas de la República. En algunos años figura, según las estadísticas de la aduana, con el 80% del tabaco habano importado en la República.

—Pero si usted vende menos que otros—le diji-

## cimientos industriales

“LA S

mos—y sin embargo consume mucho más tabaco habano que todos juntos...

—Quiere decir—nos interrumpió—que sigo la tradición de mi padre, mejorándola en cuanto me es posible.

dose la ilusión de que leen simples cuentos, se empapen en nuestra historia, conozcan á nuestros héroes, célebres ú oscuros, sus acciones y sus grandezas y aprendan á amarles y á amar á esta patria tan digna de ser amada. Hoy no se darán las gen-



Humberto I y Sarandi

Antes de despedirnos nos obsequió con unos libritos del «Concurso de Cuentos Infantiles» iniciado por La «Sin Bombo».

—Y esto ¿da resultado?—le preguntamos.

—Según á qué resultado aludan. Si se refieren al comercial, aun no es tiempo de saberlo y, pueden creerme: tampoco me interesa grandemente. No es ese el propósito que he perseguido con este concurso. Mi propósito ha sido conseguir que los niños, sin darse cuenta de que estudian, hacién-

tes cuenta cabal de mi propósito al abrir este concurso, y la mayoría le atribuirá otros móviles. Nada importa; tengo la convicción, aunque al decirlo aparezca inmodesto, de que he hecho una buena obra, y la seguridad de que cuando sean hombres los que hoy son niños, me lo agradecerán. ¡Si les parece que con esto no estoy mejor pagado que con un éxito comercial...!

Con esto nos despedimos del dueño de «La Sin Bombo».